

D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

¿SIGUE VIGENTE LA REVOLUCIÓN MEXICANA?

Por *Leopoldo ZEA*
PUDEL, UNAM

*A la memoria de Adolfo López Mateos
y Luis Donaldo Colosio*

Prefacio

LOS MALES QUE VIENE SUFRIENDO el pueblo mexicano están haciendo que se presente su historia como la historia de un pueblo miserable, una y otra vez manipulado. Vieja historia que se inició en 1521 y que parece llegar a su fin con la defunción de la Revolución de 1910 hecha por el siempre frustrado pueblo mexicano. Guerra, destrucción, matanzas inútiles que en 1929 culminaron con el arrebató de su victoria por un nuevo grupo de poder que se mantendrá hasta estos nuestros días. Casi un simple cuartelazo, como los que a lo largo de esta nuestra América vienen sufriendo otros pueblos.

Pero ¿qué hay más atrás de esta historia revolucionaria que terminó? ¿Sólo treinta años de una dictadura semejante y más atrás de ella la larga guerra civil que sucedió al triunfo mexicano sobre la invasión francesa? ¿Más atrás otras guerras civiles que suceden a la larga lucha por alcanzar la inútil independencia? ¿Más atrás sólo la larga noche de tres siglos de coloniaje?

Ésta es una historia que debemos negarnos a aceptar. Nuestra historia se inicia en 1810 como culminación de tres siglos de resistencia al coloniaje impuesto. Esta historia se prolonga y amplía en 1857 para romper los hábitos y costumbres impuestos por el largo desorden que originó la derrota de 1847 ante Estados Unidos. Le siguió la lucha civil entre conservadores y liberales que culmina con la intervención francesa en 1862 y el triunfo liberal en 1867. Luego nueva guerra civil entre los mismos triunfadores y por cansancio la delegación de poder político en un hombre, en un caudillo fuerte,

Porfirio Díaz, que se compromete a conducir a la nación hacia la democracia y el progreso.

Justo Sierra, lúcido pensador y educador formado bajo la "dictadura honrada del Porfiriato", habló en 1900 del extraordinario poder político otorgado al caudillo para imponer la paz y con ella alcanzar el progreso y la democracia: "La Nación —escribió—, ha compuesto el poder de este hombre con una serie de delegaciones, de abdicaciones, si se quiere extralegales, pues pertenecen al orden social, sin que él lo solicite; pero sin tampoco esquivar esta formidable responsabilidad ni un momento y ¿eso es peligroso? Terriblemente peligroso para el porvenir, porque *imprime hábitos* contrarios al gobierno de sí mismo, sin los cuales puede haber grandes hombres, pero no grandes pueblos". Pero México está seguro de su porvenir por la paz que esta delegación implica. "¡Que no se equivoque!". La larga delegación de poder sólo podría engendrar tiranías y con ellas corrupciones. Diez años después el mismo pueblo, cansado del incumplimiento que tal delegación de poder implicaba, se alzaría en armas. Se inicia en 1910 la nueva y brutal guerra civil para poner fin a la tiranía honrada. Luego guerra entre los revolucionarios por hacerse del poder y nuevamente el cansancio que originaría, en 1929, nueva delegación de poder político para alcanzar la paz y con ella la democracia y el desarrollo.

En esta ocasión se delegó el poder no en un hombre, un caudillo, sino en un organismo concertador de carácter provisional. Un sistema que permitiría al gobernante en turno impulsar el desarrollo y preparar la democracia y con ella la devolución del poder otorgado a su legítimo dueño, el pueblo. Pero ¿cuánto duraría esta provisionalidad? En la medida que se alcanzaba la estabilidad y se desarrollaba el país se empezó a hablar del final del organismo concertador. Pero éste, aunque los gobernantes cambiasen, generaría resistencias internas al cambio. Presidentes como Adolfo López Mateos intentaron este cambio. Pero el cambio sólo lo originaría el pueblo mismo, cambio cada vez más obligado y difícil frente al mundo globalizado que surgía. Luis Donaldo Colosio, candidato del organismo a la presidencia de la República, hizo expresa la necesidad de poner fin a la delegación otorgada y convertir al organismo concertador en un partido de opción para el pueblo que asumiría la plena responsabilidad de su futuro.

El pasado mes de noviembre, al recordarse el 85º aniversario de la Revolución Mexicana se me pidió exponer mi punto de vista sobre este hecho. Se volvía a hablar del fin de la Revolución Mexicana, del término de su vigencia. Lo que considero no tiene vigencia

es el organismo concertador cuya función hace tiempo terminó. La Revolución, por el contrario, sigue siendo vigente como promesa incumplida no sólo en México, sino entre otros muchos pueblos que también la reclaman ahora frente a un mundo globalizado en el que habrá de decidirse el futuro de los mismos. ¿Se mantendrá la servidumbre una y otra vez impuesta o se le dará punto final? Aquí van mis palabras.

¿Sigue vigente la Revolución Mexicana?

EL 18 de noviembre de 1910, en la ciudad de Puebla, una balacera ponía en marcha una revolución; en ella caerían las primeras víctimas de esa revolución; encabezadas por Aquiles Serdán. Nadie dio noticia previa, ni habló de revolución; los medios de comunicación de esos días no fueron oportunamente notificados. De existir televisión, no se habría arengado al mundo, declarando la guerra al gobierno, amenazando con la toma de la capital o de algún pueblo; simplemente explotó un viejo descontento que se extendería a todo el país sin previo plan. La Revolución Mexicana iniciaba su marcha, nadie sabría de su duración ni de la orientación de la misma. Sólo el tiempo haría patente su sentido.

Tampoco fue anticipada por doctrina alguna como las que dieron origen a la Revolución Francesa en julio de 1789, ni a la rusa de octubre de 1917. La revolución en México se originó en múltiples insatisfacciones, decepciones e injusticias que se venían acumulando y parecían no tener fin. Sin embargo era el inicio de una revolución universal, sin habérselo propuesto los revolucionarios mexicanos; revolución frente a males que se harían patentes a lo largo del siglo xx en diversos lugares de la tierra. ¿Qué buscaban, qué querían los revolucionarios mexicanos? Existían diversos grupos, diversas facciones, que enarbolaban propuestas igualmente diversas, que oscilaban entre lo político y lo social: ¡Sufragio efectivo, no reelección!, ¡Libertad y Tierra!, ¡Tierra para quien la trabaje! Descontentos diversos y con ellos metas diversas, demandas que en su conjunto originaban una revolución que no estaba en la cabeza de los demandantes.

Ahora, con el tiempo, la revolución está ya en la cabeza de los filósofos, de los intérpretes de la historia que pueden abstraer de la diversidad la unidad de lo abstraído. Fue una lucha por la paz y el pan, dice el sociólogo estadounidense Frank Tannenbaum. El filósofo británico Arnold Toynbee vino a México en 1953, atraído

por lo que esta revolución significaba para la historia universal sobre la que venía reflexionando: "La Revolución por la que atraviesa México desde 1910 —escribe— puede interpretarse como el primer movimiento para sacudir los avíos de civilización occidental que le impusimos en el siglo xvi; y lo que sucede hoy en México puede suceder mañana en los asentos de la civilización nativa sudamericana, el Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia". En otro lugar agrega: "Desde 1910 el pueblo mexicano ha estado desempeñando una función sobresaliente en la vida pública de nuestra civilización occidental. La revolución agraria en México desde 1910 me interesa particularmente porque pienso que en este aspecto el pueblo mexicano ha sido un precursor. Lo que ha sido ya realizado en México en este campo puede quizás ocurrir en otros países latinoamericanos y tal vez también en Asia y en África. La revolución agraria mexicana, antes de ser de una gran importancia en sí misma, me parece que constituye un evento histórico. Veo en ella el principio de un movimiento de alcance mundial".

Toynbee llegó a México y vio lo que esperaba, una revolución en marcha que reivindicaba tierras y la riqueza de esas tierras, que luchaba por la soberanía nacional y la libertad para sus individuos. El filósofo salió satisfecho. Al terminar la Segunda Guerra, reclamos semejantes a los de los mexicanos se hacían escuchar en diversas regiones de la tierra: Asia, África y Oceanía. Continuaba la descolonización que se había puesto en marcha en México en 1910 a lo largo de la tierra. Ahora surge la pregunta ¿esta Revolución ha terminado?, ¿ha llegado a su fin? Si así fuese sería una gran decepción porque los problemas que la originaron, iniciados con el descubrimiento, conquista y colonización del continente del que es parte México, así como de otras partes de la tierra, no han terminado.

¿Qué pasa entonces en nuestros días? ¿Por qué el repudio a este movimiento, presentado como un cuartelazo, como otros que se han dado en nuestro continente y en varios países del llamado Tercer Mundo? ¿Por qué se confunde el sistema que la Revolución ha originado con la Revolución misma? Se habla de la recuperación de derechos y libertades perdidos, como si antes de 1910 éstos hubiesen existido. Se habla de la larga dictadura de partido, 67 años, como la dictadura más larga de la historia.

¿Por qué? En 1929 la revolución en su marcha dio origen a un organismo que le permitiría institucionalizarse, un organismo concertador llamado partido. Con el tiempo, decía su creador, el general Plutarco Elías Calles, daría origen a un auténtico partido y a la

democracia dentro de la paz. Tal es lo que ha sucedido; la democracia, en su más auténtico sentido, está ya a las puertas de la historia del pueblo mexicano. Democracia que no significa la muerte de la Revolución protagonizada por el pueblo mismo, sino el obligado cumplimiento de un viejo anhelo, ahora patente en muchos lugares de la tierra.

Lo que ha terminado es el obligado organismo concertador de los intereses de los diversos grupos que hicieron la revolución. En 1929 el pueblo mexicano, exhausto con la larga guerra civil, delegó en el grupo revolucionario que demostró su fuerza sus propios derechos políticos a cambio de la estabilidad, de la paz que lo fortaleciese y le permitiese presentarse en la escena mundial como un pueblo maduro, capaz de asumir esta su madurez en relación consigo mismo y en relación con otros pueblos de la tierra. Delegación de poder político a cambio de estabilidad social y de la satisfacción de las más urgentes necesidades. Pero esto ha terminado y con ello ha terminado el papel de organismo concertador. Organismo provisional, que, como lo anticipó Calles, al cumplir su misión debía transformarse en un auténtico partido de opción que, con otros partidos, pudiesen ofrecer a la sociedad civil los servicios que la misma ha menester.

La función concertadora ha terminado; sólo queda el servicio que como opción ha de ser ofrecido a la sociedad. Pero el fin de esta etapa no puede significar el regreso al pasado violento del que tan difícilmente salió el pueblo mexicano. Menos aún la vuelta al pasado que dio origen a esta revolución, el Porfiriato. Es en este sentido que la voz y voluntad del pueblo mexicano se han hecho patentes con un ¡No a la violencia! y un ¡Sí a la paz! La paz por la que México ha podido llegar a la etapa presente, nada comparable con la de otras regiones de la Tierra, en pueblos semejantes al nuestro que aún siguen sufriendo la violencia interna y externa con la que se quiere obligarlos a someterse. Esto es lo que está en marcha, originando la crisis ya prevista en la provisionalidad contemplada en el año 1929.

Sistema provisional que ha cumplido su función y que, sin embargo, no ha sido unitario como lo son sistemas totalitarios que se apoyan en la pura fuerza. Ha sido un sistema conciliador, concertador de los múltiples intereses que originaron la revolución y los que se formaron dentro de ella. Por ello distinto en las diversas etapas de gobierno. En cada una de ellas se estimularon las acciones que con más urgencia reclamaban los múltiples intereses de la nación. No es igual el gobierno de Plutarco Elías Calles al gobierno

de Lázaro Cárdenas, ni el de éste al de Manuel Ávila Camacho, como tampoco el de éste al de Miguel Alemán, Ruiz Cortines, López Mateos y así hasta nuestros días. Cada seis años se orientan los rumbos. Se puede criticar y condenar una parte de lo realizado por este sistema pero no su totalidad.

Los problemas que se plantean en nuestros días tienen su origen en la resistencia a aceptar la provisionalidad de un sistema que, quiérase que no, ha conducido a las puertas de la democracia y con ello cumple su función. El sistema, como poder político que le fue delegado por la sociedad civil, ha generado las resistencias de los encargados del mismo a aceptar su provisionalidad. Resistencia a una provisionalidad que pondrá fin a las canonjías y a los beneficios que da el poder. Un poder que políticamente no tiene que rendir cuentas. Poder que ha sido a su vez fuente de corrupciones y con ello de autoritarismos y mayores resistencias al cambio. Ya desde los lejanos días del gobierno del presidente Adolfo López Mateos se tomó conciencia de este hecho y se intentaron cambios una y otra vez resistidos.

Esta resistencia, a su vez, ha generado oposiciones internas que lejos de ser atendidas fueron minimizadas y con ello provocaron la salida de varios de sus militantes. El Partido de la Revolución ha generado su propia oposición, una oposición cada vez más ruda e irracional, más animada por hacerse del poder que por el logro de la meta en la que debería culminar esta provisionalidad, la democracia. Oposición originada en el natural afán político por participar en el gobierno, pero cuya participación dependerá de los manipuladores en turno del aparato político. Una manipulación que sólo la democratización del organismo concertador podría hacer posible. Plutarco Elías Calles preveía esta situación cuando expresaba: "Con este organismo se evitarán los desórdenes que se provocan en cada elección y poco a poco, con el ejercicio democrático que se vaya realizando, nuestras instituciones irán fortaleciéndose hasta llegar a la implantación de la democracia". Es este ejercicio el que de diversas formas ha sido impedido, generando la violenta oposición de gentes que se han visto obligadas a dar salida a su propio protagonismo enfrentándose al organismo.

Los descontentos originados en el natural afán de participación política sólo han dado origen a actitudes contrarias a lo que debe ser una auténtica democracia, al revanchismo, al puro afán por el poder y sus beneficios, a anular o presionar para compartir un poder que debe estar al servicio de la sociedad. Todo esto ha originado

los problemas políticos de nuestros días, y ha dificultado el paso a la democratización.

A ello se suman ahora los efectos que a nivel planetario se iniciaron en 1989. Sucesos que se presentaron como una gran esperanza para pueblos como el nuestro en su lucha por alcanzar el reconocimiento de su derecho a la autodeterminación y a la libertad de sus individuos. No se originó la anhelada globalización de la solidaridad, sino por el contrario, se ha dado origen a nuevas luchas para imponer los propios y exclusivos intereses, en un intento por volver al darwinismo del siglo XIX. La globalización anunciada, lejos de originar nuevas solidaridades, ha originado desintegraciones como las de la Unión Soviética y Yugoslavia, así como la anarquía política y económica en muchos de los pueblos de nuestros días. La caída de los muros para no dejar salir ha dado origen a muros para no dejar entrar. A la guerra fría siguió la guerra sucia que tanto conocen nuestros pueblos.

En México los mismos sucesos iniciados en 1989 han dado origen a varios de los problemas que aquejan actualmente a la nación. La globalización de la economía como liberación de la misma y la democratización nacional como condición han dado origen a problemas sociales y políticos, violentos para una sociedad que había delegado sus derechos políticos a cambio de la satisfacción de sus problemas sociales. El cambio del organismo concertador en un partido de opción, que pondría fin a una etapa transitoria, no se dio oportuna y paulatinamente. Las resistencias creadas por el mismo organismo lo impidieron.

Los sucesos que a nivel planetario se originaron en 1989 precipitaron bruscamente el inicio del cambio. La supuesta y rápida democratización del país para justificar la entrada de México a la nueva economía dio inicio a la desarticulación del organismo concertador antes de que el mismo se hubiese transformado en partido. La estabilidad social que el mismo había posibilitado se fue debilitando hasta convertirse en fácil blanco de las resistencias internas y del aventurerismo político. El organismo ha quedado desestabilizado y con ello la sociedad que éste protegía ha sido fácil objeto de chantaje. El chantaje del cual vienen siendo testigos los mexicanos en los últimos tiempos. Se anuló el organismo concertador y estabilizador, se creó un vacío de poder sin nada que tomase su lugar. Esto ha originado la pérdida de la confianza interna pero también la externa que alentaría cualquier inversión económica para posibilitar la entrada de México a la economía de mercado. La republicana

Jeane Kirkpatrick expresaba recientemente que México había dejado de ser un país estable, seguro, para la inversión externa. El vacío está siendo ocupado por el aventurerismo económico nacional y extranjero, ajeno a cualquier asomo de estabilidad nacional. Dentro de este horizonte resultan fáciles las provocaciones de los empeñados en mantener viejas canonjías y las de quienes en el exterior consideran que el desarrollo de México lesiona sus propios intereses.

Sin embargo, frente a esta situación el pueblo mexicano ha dado un extraordinario espectáculo de madurez, frustrando los diversos intentos de desestabilización nacional. Así lo hizo patente en las elecciones para el cambio de poderes nacionales y en las consultas con las que se ha pretendido manipularlo. Un pueblo que insiste en la estabilidad y en la paz que la haga posible, opuesto a las provocaciones que pretenden repetir situaciones como las que dieron origen a la Revolución de 1910. Esto hará inútil la misma y con ella los sacrificios que para alcanzar sus metas han sido hechos. No se pueden mandar al vacío décadas de una difícil experiencia, de aciertos y errores, para empezar todo de nuevo, con una nueva delegación de poder político. Lo hecho hecho está y sobre ello habrá que actuar para alcanzar las metas que se fueron fijando a partir de 1910. El pueblo no necesita ya de organismos concertadores, sino de opciones de gobierno sobre las que libremente pueda decidir y sirvan para alcanzar las metas que se han propuesto.

Podemos, por ello, afirmar que la Revolución sigue vigente, porque vigentes siguen siendo las metas que la misma se propuso alcanzar: la estabilidad y con ella el desarrollo que ha de estar al alcance de todos los pueblos de la tierra. Pero siempre a partir de la propia y concreta voluntad, como fuente de toda democracia. Nunca ha estado en duda esta posibilidad. La dificultad se encuentra ya en la misma historia en la que pueblos como el nuestro se formaron: la conquista y la colonización; la dependencia en diversas formas. Es sobre esta historia que tiene México que emerger y para ello luchar hasta lograrlo. Estamos, insisto, en vísperas del logro de estas metas. La historia misma en su marcha ha dado origen a una globalización que obliga a todos los pueblos a la solidaridad, obliga a compartir el desarrollo. De no ser así, la anarquía, igualmente global, pondrá realmente fin a la historia y al hombre que la origina.

El organismo concertador creado por la Revolución en 1929 ha llegado así a su fin. En su lugar debe surgir el partido propiamente dicho, del que se viene hablando en los últimos tiempos. Partido

de opción, no de gobierno, como partidos de opción tendrán que ser los partidos que ahora se designan de oposición. No partidos para mantener la manipulación, alcanzarla o compartirla, sino para ofrecer a la sociedad civil lo que ésta considera pueda ser necesario para alcanzar sus metas. Buenos signos se están dando dentro del partido del gobierno y dentro de los llamados partidos de oposición. Signos de un cambio encaminado a que el pueblo mismo sea el absoluto y pleno responsable.

Las metas que originó la revolución de 1910 y los esfuerzos hechos para romper la dependencia impuesta, política y mental, siguen vigentes, como vigentes están también para otros muchos pueblos que aún no las han alcanzado y deben alcanzarlas. Lo que nuestro tiempo está demostrando es la relación que guardan entre sí los esfuerzos realizados y los que han de realizarse. Pero no será todavía fácil alcanzar con plenitud estas metas. Resistencias internas y externas tratarán aún de impedirlo. Salvo que ahora esta resistencia, como la anulación de la misma, es global. La plenitud de los logros buscados ha de ser total, sin resquicio alguno para la mezquindad que considera aún que el desarrollo y la libertad de los más implica la anulación de lo propio, de los menos. En la conmemoración del 85 aniversario de la Revolución Mexicana estamos conmemorando los esfuerzos que tanto México como otros pueblos de la tierra están haciendo para alcanzar metas comunes, como comunes han sido y son los problemas enfrentados.

Epilogo

DENTRO del sistema, cuya provisionalidad ha sido rebasada, se cuidó de que a su amparo no surgiesen hombres fuertes como el que originó el Porfiriato. La inapelable cláusula de *No reelección* lo impidió siempre. Sólo hombres fuertes, caudillos en turno, que hiciesen posibles los cambios que diesen fin al caos y posibilitasen el desarrollo y la obligada democracia. El más destacado de ellos fue Lázaro Cárdenas, quien supo hacer de la coyuntura de la Segunda Guerra mundial instrumento para romper la dependencia impuesta por el sistema neocolonial que tomó el lugar del coloniaje español. También hizo reformas que posibilitarían el desarrollo. Otros, como Miguel Alemán y Adolfo López Mateos, hicieron su parte creando la infraestructura de la burguesía nacional y su globalización. Así, cada uno de los gobernantes en turno fue haciendo su parte, acaso sin proponérselo. Algunos soñaron con ser otros

Cárdenas y alguno en entregar un país plenamente desarrollado y democrático. Nadie quiso lo que estamos ahora viviendo. Pero el desarrollo y democracia a marchas forzadas desquiciaron el sistema. En fin, cada uno de los gobernantes quiso ser un gran caudillo.

Ernesto Zedillo, presidente por destino, al contrario de sus antecesores, no quiere ser otro Cárdenas, ni otro Alemán, ni ningún otro. No quiere ser caudillo u hombre providencial; pura y simplemente quiere ser aquello para lo que considera fue electo: presidente. No pretende ser original pero, de lograr sus propósitos, será el más original de sus antecesores. Ser presidente y no caudillo implica compartir el poder con las fuerzas que junto con el Ejecutivo forman el gobierno para que puedan cumplir su función de acuerdo con el pueblo. Servir al pueblo y no servirse del mismo. Presidente de un pueblo que sabe lo que quiere e insiste ahora en asumir los poderes que emanan del mismo. No más delegaciones que originen despotismos y corrupciones.

Preguntémosnos ahora, como hace casi cien años se preguntó Justo Sierra, ¿es esto malo o peligroso? ¿Hubiera sido malo que diez años antes de que estallase la revolución, Porfirio Díaz, atendiendo a las advertencias de Sierra, se hubiese negado a seguir aceptando la delegación de poder que le había otorgado el pueblo mexicano? ¿Hubiese sido peligroso o malo que hubiese dicho a su pueblo: están ustedes suficientemente maduros para asumir esta responsabilidad, gobernemos juntos? Pero Porfirio Díaz era un caudillo y por serlo no podría aceptar ser simplemente un presidente. Es grave que en nuestros días este cambio sea visto como renuncia a las obligaciones caudillescas que se consideran propias de un presidente mexicano. ¿Qué se quiere? ¿Volver a la democracia dirigida, a la tiranía honrada? ¿O iniciar una nueva revolución que, como Penélope, destruya la historia hecha y vuelva a empezar delegando nuevamente por el cansancio sufrido?

Nuestros problemas no son exclusivos de México. Sucede algo semejante en el resto de la América Latina; pero también en los pueblos desarrollados de Europa y de los Estados Unidos. ¿Mal de muchos, consuelo de tontos? No, simplemente la toma de conciencia de que ahora nuestra problemática tendrá que ser resuelta a nivel mundial, global. De una solución depende el futuro de pueblos como el nuestro. ¿Podremos superar la dependencia, el subdesarrollo o nos mantendremos marginalmente en lo que puede ser alcanzado por otros pueblos? Debe evitarse que la globalización origine no ya una revolución, sino la anarquía total que sólo mostraría la inmadurez de la humanidad.

Respecto de la relación que guardan nuestros males con vecinos tan poderosos como Estados Unidos, nos habla el comentarista del *New York Times* Anthony De Palma. Éste se sorprende de la forma como algunos mexicanos ven los empeños del presidente Ernesto Zedillo por ser presidente y no caudillo. “Cierta parte de la clase política —escribe— todavía no se acostumbra al concepto que tiene Ernesto Zedillo del uso del poder de la presidencia”. Zedillo está echando por tierra el caudillismo de que hizo especial gala su predecesor. Su negativa a asumir esta responsabilidad, que considera ajena a una auténtica democracia, es vista como incapacidad e irresponsabilidad. Se piensa que ‘sin un presidente vigoroso cambian todas las reglas del juego político. Con el concepto de un nuevo federalismo, los gobernadores normalmente sumisos de los 31 estados de la República ganan poder e independencia’. Y lo mismo sucede en otros campos en los que otros poderes de la nación como el Congreso y el Poder Judicial se tienen que hacer cargo de sus responsabilidades.

Anthony De Palma concluye con una preocupación: ¿Cómo van a tratar los Estados Unidos con un presidente que sólo podrá decidir lo que su pueblo le mande? ¿Cómo tratar con una democracia pura y simple y no con una democracia dirigida? El presidente Adolfo López Mateos me decía en alguna ocasión: “He tenido recientemente una conversación telefónica con el presidente Eisenhower de Estados Unidos, en la que me informa que algunos de los compromisos a que llegamos en nuestra entrevista no podrá cumplirlos porque se lo impide el Congreso. Pero agregaba, ‘usted sí podrá cumplir con sus compromisos porque no tiene impedimentos semejantes’”. No sólo algunos políticos mexicanos se sienten incómodos con los cambios iniciados por Zedillo; los Estados Unidos también lo están. Y lo están porque no es lo mismo negociar con una democracia piramidal “con los Pinos en la cumbre”, que con una democracia en la que la decisión está en el pueblo que le da sentido. De Palma recuerda unas palabras de Oñate, presidente del PRI, cuando expresaba: “la democracia no es una certidumbre”.

Los caudillos que hicieron la revolución tuvieron que sostener grandes luchas para afirmar derechos del pueblo que contradecían los intereses de las potencias occidentales. Lázaro Cárdenas hizo lo que hizo porque captó y aprovechó la coyuntura histórica que ataba a los Estados Unidos para tomar acciones represivas en vísperas de la Segunda Guerra. Ahora, de hecho, se hace expresa una nueva coyuntura que puede ser favorable a México y otros pueblos en si-

tuación semejante. Coyuntura para superar las viejas y anacrónicas formas de dependencia.

La coyuntura la ofrecen los cambios que a nivel planetario se vienen dando al término de la guerra fría. Tanto los Estados Unidos como las potencias que con ella forman el mundo occidental, para mantener su propio y peculiar desarrollo y libertades, necesitan que pueblos como el mexicano sean igualmente desarrollados y libres. Saben ahora que tienen que compartir el desarrollo para que no se agote el mismo. Pero, obviamente, se resisten a que esto suceda y buscan el modo de orientar el desarrollo global en la forma que mejor convenga a su peculiar y propio desarrollo. De allí las presiones para mantener sus intereses, las cuales serán cada vez mayores. Las estamos sintiendo. Frente a ellas sólo cabe la democratización de pueblos como el nuestro. Y democratizar implica el que todo el pueblo asuma el poder con todas sus responsabilidades y no insistir en cargar con ellas a un hombre. Sólo juntos pueblo, presidente y gobernantes libremente elegidos, podrán enfrentar el reto. Presionar a un hombre será siempre fácil, no así a todo un pueblo. Y es que nada que este pueblo no haga por sí mismo le será hecho por otros.